

Nota: este documento ha servido de insumo principal para el discurso ofrecido por la Secretaria General Iberoamericana, y no representa necesariamente su intervención en el evento. Se pone a disposición para consulta.

Seminario “Cultura Urbana para la Inclusión Social en Latinoamérica”

Sesión Inaugural

21 de abril de 2016 – 9:00-10:00

Bruselas, Bélgica – Hotel Thon

Intervención de Rebeca Grynspar

Secretaria General Iberoamericana

Estimadas Sylvie Durán y Marjeta Jäger;

Estimados Embajadores, representantes de los gobiernos nacionales y subnacionales, miembros de organizaciones civiles y académicas;

Deseo comenzar por agradecer profundamente a la Dirección General de Cooperación Internacional y Desarrollo de la Comisión Europea, y en particular a Jolita Butckeviciene y su excelente equipo, por la organización de este Seminario y por su larga tradición de colaboración con la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB), así como por su visionario respaldo a la cultura como instrumento de inclusión social. Este encuentro es un reflejo de la afinidad de valores que une a la Comisión Europea y a la SEGIB, y en general a Europa y América Latina.

Antes de iniciar mis palabras, permítanme expresar nuestra solidaridad con la República de Ecuador, en medio de la tragedia ocasionada por el terremoto del sábado y las réplicas que aún continúan. Nuestros pensamientos para los familiares de las víctimas y nuestro apoyo al gobierno del Presidente Correa en la atención de la emergencia y en el proceso de recuperación.

Queridas amigas y queridos amigos:

Julio Cortázar, quien nació en un barrio de Bruselas no muy lejos de aquí, y expresó como pocos autores la vivencia urbana del siglo pasado en Europa y América Latina, hablaba en uno de sus poemas de la ironía de sentirse solo en la ciudad más poblada del mundo¹. Sus palabras capturan uno de los grandes desafíos de la actualidad: cómo traducir la creciente concentración urbana en densidad del tejido social. Cómo construir comunidad ahí donde solo existe proximidad. Cómo garantizar que la cercanía física genere lazos de solidaridad. En suma, cómo hacer que la urbanización produzca asociatividad, o lo que en la literatura se llamó en su tiempo “capital social”.

Es una tarea de la más absoluta importancia. Por primera vez en la historia de la humanidad, más personas viven en ciudades que en zonas rurales. Casi tres cuartas partes de las ciudades del mundo están creciendo más rápido que las economías de los países en que se encuentran². Esto no debe impulsarnos a minimizar la importancia de las zonas rurales y de la gestión sostenible del continuo campo-ciudad, pero es

¹ *Hablen, tienen tres minutos* en “Salvo el crepúsculo” (ed. 1997): *en la penumbra dorada de la lámpara cuelgo mi piel / y sé que estaré solo en la ciudad / más poblada del mundo*.

² World Bank (2015) “Competitive cities for Jobs and growth. What, who and how” http://www-wds.worldbank.org/external/default/WDSContentServer/WDSP/IB/2015/12/08/090224b083c371d5/2_0/Rendered/PDF/Competitive0ci000what00who00and0how.pdf

claro que nuestra vivencia humana será cada vez más una vivencia urbana, plural, multiétnica y multicultural.

Esto es cierto en América Latina, quizás más que en ninguna otra parte. La nuestra es la región más urbanizada del mundo: 80 por ciento de la población latinoamericana vive en ciudades, con seis megaciudades que rondan o exceden los 10 millones de habitantes³.

Y, sin embargo, nuestras sociedades altamente urbanizadas son también altamente fragmentadas, en términos económicos, sociales y territoriales. En América Latina, dos personas que habitan en la misma zona metropolitana pueden llevar vidas totalmente disímiles, compartiendo apenas el aire que respiran y acaso la calle en que transitan. ¡Los servicios no se comparten! El estándar de vida varía para un afrodescendiente, un migrante, un indígena, un adulto mayor, una persona con discapacidad, un habitante de un barrio marginal. No es de sorprenderse, entonces, que nuestras ciudades hayan producido un abanico de subculturas que no siempre logran reconocerse mutuamente, enriquecerse las unas a las otras, y dialogar entre sí.

³ Zona metro con alrededor de 10 millones de habitantes o más: México DF, Sao Paulo, Rio de Janeiro, Buenos Aires, Lima y Bogotá.

La inclusión social en América Latina demanda que seamos capaces de vincular a esos grupos sociales y culturales. Demanda que seamos capaces de tender puentes entre los habitantes de una misma ciudad. Ya no los puentes de cemento y acero, sino los puentes que conecten a los individuos desde su propia diversidad, que los articulen en la búsqueda de objetivos comunes y los hagan co-partícipes en la construcción de un futuro conjunto. Existe inclusión social ahí donde todos, aún en sus diferencias, se sienten parte de un proyecto común de sociedad. ¿Cómo construirlo si no nos encontramos ni en la escuela, ni en los parques, ni en los centros comerciales?

La cultura es una herramienta poderosa para tender esos puentes. La interculturalidad (más que la multiculturalidad) es en sí misma una de las manifestaciones de la inclusión social. Por eso, cuando reconocemos las iniciativas culturales que surgen en la ciudadanía, cuando las legitimamos y difundimos, estamos mandando un mensaje de profundas implicaciones: hay valor en cualquier expresión cultural.

Desde la Secretaría General Iberoamericana hemos venido impulsando este cambio de paradigma. Los gobiernos y las instituciones no solo necesitan abordar y administrar la cultura; necesitan fundamentalmente reconocerla, ahí donde se produce. Necesitan priorizarla. Necesitan respaldarla con suficientes recursos

económicos y humanos, para que los ciudadanos puedan continuar produciendo cultura en los rascacielos y en las chabolas, en los teatros y en las calles; en todas las edades, en todos los niveles educativos, en todos los espacios y en todas las circunstancias. Las personas construyen cultura como expresión de su propia identidad y a través de redes que trascienden los territorios y las fronteras.

Por eso en la SEGIB lideramos proyectos como Ibercultura Viva, orientado al fortalecimiento de las culturas de base comunitaria, en que actúan unas 120 mil organizaciones sociales latinoamericanas, o el proyecto Iber-Rutas, que busca el reconocimiento de los derechos de los migrantes y su aporte a la interculturalidad iberoamericana.

Por eso también le hemos dado un impulso decidido a la innovación ciudadana, a través de la creación del Laboratorio Iberoamericano de Innovación Ciudadana, cuya tercera entrega se celebrará en octubre en Cartagena de Indias, en las semanas previas a la Cumbre Iberoamericana. Este año el Laboratorio (LabiCCo) se enfocará precisamente en proyectos que promuevan la inclusión y la accesibilidad de poblaciones vulnerables, en una plataforma que permite conectar las soluciones que surgen en un segmento de la sociedad con las necesidades que existen en otros segmentos. En el pasado, esta iniciativa ha permitido el desarrollo de innovaciones

ciudadanas que van desde un app para el monitoreo comunitario de los criaderos del dengue, hasta la instalación de tejados verdes en las favelas.

Junto con esto, hemos lanzado un ambicioso proyecto para mapear las iniciativas de innovación ciudadana en distintas ciudades iberoamericanas. Ya contamos con el mapeo de tres ciudades (Quito, DF y Madrid) y pronto incluiremos 14 ciudades en una plataforma regional que nos mostrará, como nunca antes, la complejidad de las redes que han formado y están formando los ciudadanos para atender sus problemas y responder a sus desafíos. Las posibilidades que esto abre en términos de sinergias y colaboración, son invaluableles.

Asimismo, como parte de las actividades previstas en conmemoración del vigésimo quinto aniversario de las Cumbres Iberoamericanas y el décimo aniversario de la Carta Cultural Iberoamericana, en el mes de noviembre celebraremos el Foro “Ciudades Inclusivas y Cultura”. El Foro, que tendrá lugar en el marco de la Feria Internacional del Libro en Guadalajara, contará con la participación de los alcaldes de ciudades que han emprendido modelos de transformación social a través de intervenciones culturales, a fin de discutir y proponer alternativas viables que puedan ser replicadas en otras ciudades.

Detrás de todos estos proyectos descansa una idea muy sencilla: el ciudadano es mucho más que el destinatario de la política pública. Es más que un beneficiario. Es más que un titular de derechos. Es un agente de cambio y un artífice de su propio destino.

Ese poder transformador depende de la capacidad de los grupos de sumar fuerzas y formar coaliciones más allá de las diferencias. Depende, nuevamente, de los puentes que existan entre los distintos colectivos de una sociedad, entre las distintas minorías.

Esos puentes no son automáticos. Las identidades generan un sentido de pertenencia a lo interno de los grupos, de unidad con los “pares” y los “iguales”, pero pueden también generar enajenación respecto de otros grupos, distancia frente a los “otros” que son distintos. Esto es un riesgo real en sociedades tan fragmentadas como las latinoamericanas, en donde observamos altos índices de confianza intragrupo, pero bajos índices de confianza intergrupo.

Por eso desde la SEGIB hemos venido impulsando el concepto de las identidades incluyentes, identidades fluidas, dinámicas, abiertas, plurales, que reconozcan la complejidad y riqueza de la experiencia humana. Todos reunimos, simultáneamente, múltiples identidades, como manifestación de nuestra propia libertad. Ninguna de

esas identidades tiene por qué prevalecer sobre las demás. Se puede ser, al mismo tiempo, quechua, peruano, andino, suramericano e iberoamericano. Porque cada quien es el producto de la interacción entre sus decisiones y sus circunstancias, entre aquello que le es dado y aquello que libremente escoge.

Las intervenciones culturales más importantes son aquellas que abren espacios para la diversidad. No necesitamos proyectos para incluir a los iguales. Necesitamos proyectos para incluir a los diferentes. Es ahí en donde es posible que un ama de casa aprecie la denuncia social de un grafitero. Es ahí en donde un hipopper puede dialogar con un ambientalista. Es ahí en donde un patinetero puede sumar esfuerzos con un empresario. No basta con generar sentido de orgullo y pertenencia a lo interno de las subculturas; necesitamos generar el reconocimiento mutuo y la aceptación entre las subculturas, el diálogo que viene de entender que podemos seguir siendo “nosotros mismos”, incluyendo a “los demás”.

Queridas amigas y queridos amigos:

Nuevamente agradezco a DEVCO por el trabajo conjunto en la organización de este evento. A través de ustedes, permítanme también expresar la más profunda solidaridad con esta hermosa ciudad, tras los ataques del mes pasado. La celebración

de este Seminario aquí en Bruselas es un recordatorio de que la vida urbana presenta sus propios problemas y desafíos, pero permite también la formación de conexiones humanas que solo son posibles en la proximidad.

Desde la SEGIB, seguiremos liderando iniciativas que promuevan la cohesión social desde la cultura, que alienten la construcción de un proyecto común de sociedad centrado en la gente y en el reconocimiento de su diversidad. Con el esfuerzo de todos, ya no estaremos solos en la ciudad, sino unidos a través de puentes de palabras, de valores, de planes y de ideas.

Muchas gracias.